

## COSTA RICA EN LA RUTA DE DARIO

José E. Vargas

Costa Rica, a través de su historia independiente, que data desde 1821, sobre todo desde fines del siglo pasado al presente, ha servido de refugio a intelectuales de toda América en busca de un clima político y de un ambiente propicio para el desarrollo de sus actividades culturales y la libre expresión del pensamiento. Así se explica la presencia en ella de Antonio Zambrana, de Francisco Gavidia y de Rubén Darío, y en años más recientes, de Rómulo Bentacourt, entre otros. Tal debe interpretarse, asimismo, el paso por Costa Rica de Martí, Máximo Soto Hall y José Santos Chocano. Algunos, como Darío, dejaron obra escrita durante su estada en Costa Rica, de interés para una evaluación total del escritor.

En este año en que se celebra el centenario del nacimiento del poeta nicaragüense, cuando en muchos países se ha vuelto a estudiar el influjo que dejó en ellos, conviene recordar que Rubén Darío vivió en Costa Rica de 1891 a 1892 con su esposa Rafaela Contreras Cañas —fina escritora también, por cierto, de quien se han publicado en los últimos años varios cuentos de impecable confección—, joven salvadoreña de ascendencia costarricense por el lado materno, que Darío había conocido en El Salvador y con quien casó en Guatemala en 1890. Como extraña coincidencia, pero que revela los vínculos que ya lo unían a Costa Rica antes de arribar a ella, su amigo y colaborador más íntimo en El Salvador, con la sola excepción, acaso, del poeta salvadoreño Francisco Gavidia —con quien ensayara la adaptación del alejandrino francés al español—, fue el periodista costarricense Tranquilino Chacón, con quien trabajó en la redacción del periódico *La Unión* de esa ciudad.

Darío desembarcó en el puerto de Puntarenas el 24 de agosto de 1891, procedente de Guatemala, a donde había huído en peligro de su vida desde El Salvador, a raíz del golpe militar que el General Carlos Ezeta tramó contra su mecenas, el Presidente Francisco Menéndez, la noche del 22 de junio de 1890, y que culminó con la trágica muerte del líder salvadoreño, cuya historia nos relata Rubén en un artículo titulado "Historia negra", aparecido en *La Nación* de Buenos Aires. Darío llegó a Costa Rica después de pasar poco más de un año en Guatemala, donde había dirigido un diario semioficial, *El Correo de la Tarde*, que dejó de publicarse por razones que el poeta mismo desconoce. Se trasladó obligado por circunstancias económicas, pues ya no gozaba del apoyo oficial en Guatemala, del que había dependido para su subsistencia en ese país, y aprovechando el hecho de que su esposa tenía parientes y amistades influyentes en Costa Rica. No obstante, llegó optimista y lleno de cariño por la tierra que le abría sus puertas, declarando al desembarcar: "Me ocuparé en este hermoso y joven país de Costa Rica considerando bajo sus distintos aspectos. Diré lo que pienso de sus costumbres, del espíritu de sus hombres, de su cielo, de sus poetas y de sus mujeres".

En su *Autobiografía* Rubén nos cuenta que en San José, "ciudad encantadora entre las de América Central", nació su primer hijo, Rubén Darío Contreras, y

ahí su vida fue "grata, aunque de lucha", y de Costa Rica dice que "sus mujeres son las más lindas de todas las cinco Repúblicas centroamericanas, y su sociedad una de las más europeizadas y norteamericanizadas".

En los nueve meses que pasó en Costa Rica este poeta inquieto y paripatético, aclamado ya en ambos lados del Atlántico por su originalísimo libro, *Azul*, publicado en Santiago de Chile en 1888, y que ya entonces estaba empeñado en renovar la poesía de lengua española, Darío trabó amistad con los escritores de aquella verdadera edad de oro del periodismo costarricense, a la que Rubén contribuyó con su magistral pluma, como Pío Víquez, Ricardo Fernández Guardia, Manuel González Zeledón (Magón), Rogelio Fernández Güell, el político y filósofo cubano Antonio Zambrana, y el inimitable Aquileo Echeverría, "el poeta nacional, el poeta familiar", como solía llamarlo Darío. En las relaciones de los periódicos josefinos de aquel tiempo y en las tertulias de amigos, Rubén sin duda contribuyó a darle impulso y estímulo a aquel grupo de talentosos escritores jóvenes que veían en él el abanderado de una nueva corriente literaria. Darío mantuvo amistad con muchos de ellos a través de cartas años después de haber abandonado el suelo tico, especialmente con Aquileo, con quien se encontró de nuevo en Barcelona, donde éste había sido nombrado cónsul de Costa Rica.

El contacto con autores costarricenses y el conocimiento que Darío adquirió del medio local estimularon su interés por las letras nacionales, sobre las que pronunció juicios que aún hoy tienen validez, como aquel que hizo sobre el oscuro poeta de provincia Lisímaco Chavarría, de quien dijo una vez que "nacido en una tierra espléndida de sol, flores y pájaros", se lo imaginaba "un Pan que vagase por la montaña sonoro, poseído de la fiebre de la armonía, en busca de la caña con que habría de hacer su rústica flauta".

En aquel lapso relativamente corto en la vida de Darío, aparecieron muchas colaboraciones suyas en periódicos josefinos como *El Heraldito de Costa Rica*, *El Diario del Comercio* y *La Prensa Libre*, que Teodoro Picado recogió en dos volúmenes en una obra titulada *Ruben Darío en Costa Rica* (1919-1920), que representa un filón muy rico para un estudio cabal de su producción literaria. De esa cosecha, por ejemplo, hay diez cuentos que no desmerecerían en cualquier antología del escritor, pues no sólo demuestran su gran imaginación y sus dotes de prosista de la nueva corriente modernista, corifeada por él, sino también los temas que habrían de tener gran boga entre sus seguidores: lo exótico, lo mitológico, lo bíblico, lo hagiográfico, la recreación arqueológica. Estos cuentos son: "La muerte de Salomé", "Febea", "El árbol del rey David", "Fugitiva", "Rojo", "Las pérdidas de Juan Bueno", "¿Por qué?", "La resurrección de la rosa", "Historia de un sobretodo" y "Un sermón".

Los dos últimos interesan, además, por ser autobiográficos. "Historia de un sobretodo" trata de un gabán de lujo que Darío compró en Valparaíso como defensa contra el invierno chileno y para satisfacer su vanidad en el buen vestir, que luego lo acompañó en un baúl por casi toda Centro América hasta Guatemala, donde se lo regaló a Enrique Gómez Carrillo, "un jovencito de ojos brillantes y cara sensual, dorada del sol del trópico, que hizo entonces sus primeras armas", cuando éste preparaba viaje a París, y que luego Gómez Carrillo le obsequió, por una de esas extrañas vueltas de la fortuna, a su ídolo Verlaine, ante cuya tumba Rubén dijo que ahí "no se derrame el llanto, sino rocío, vino, miel". En "Un sermón" Darío relata una visita a la Catedral de San Pedro en Roma para escuchar a un célebre predicador español que conmovió a los feligreses con su oratoria; al salir de la iglesia, emocionado, el poeta le pregunta a un periodista francés quién es aquel portento de hombre, y por respuesta recibe: "Es uno de los genios del siglo pasado; en el mundo se llamaba Emilio Castelar". El fin es inesperado y, naturalmente,

inverosímil: Rubén pone en boca de su interlocutor un hecho ficticio, pues, que sepamos, Castelar no estuvo en ninguna orden religiosa, aunque en cierta ocasión en Avila insinuara el deseo de recogerse a una vida espiritual. El génesis de esa idea pareciera encontrarse en el conocido ensayo que Darío le dedicó a Castelar —ante quien sintió en su primera visita la emoción que sintió Heine al llegar a la casa de Goethe—, en que habla de un poeta hispanoamericano que publicó una vez "un futuro sermón de Castelar en San Pedro de Roma".

Los datos biográficos del tiempo que Rubén pasó en Costa Rica son escasos fuera de lo que él mismo nos cuenta en su *Autobiografía* y una que otra noticia en la prensa de aquella época, y de dos artículos aparecidos en el *Repertorio Americano*, de San José, escritos posteriormente por personas que conocieron al poeta. En el *Repertorio Americano* del 15 de febrero de 1955, encontramos un informativo artículo de Roberto Brenes Mesén titulado "Tres encuentros con Rubén Darío", el primero ocurrido en diciembre de 1891 siendo él estudiante del Liceo de Costa Rica, con motivo de las pruebas de fin de curso, a las cuales Antonio Zambrana, Francisco Gavidia y Darío —¡qué menudo jurado!— habían sido invitados como examinadores. Veamos cómo describe Brenes Mesén a Rubén, que entonces andaba en los veinticinco años:

Llevaba él una levita parda y pantalones de rayas. Una nítida corbata de lazo hacía resaltar el color marfileño de su rostro. Tenía una perilla cuidadosamente recortada y un fino bigote. Su nariz sensitiva, sus mejillas y su frente le daban un aire de peculiar distinción. Su pelo era negro y ondeado. Ni su tez ni su fisonomía revelaban el indio chorotega que había en él. Sus manos así como sus maneras le comunicaban un aspecto aristocrático. Sentóse él ahí, frente a nosotros, y, aunque no recuerdo sus preguntas, sí recuerdo que no eran demasiado difíciles ni traídas de los cabellos.

Brenes Mesén luego nos cuenta que se lo encontró unos días después en una de las principales calles de San José rumbo a la redacción de un diario del cual era co-editor, y que le siguió los pasos, tal era su admiración por el poeta. Después dice que estuvo siempre atento a buscar su nombre en los periódicos, y que fue en esa época cuando Rubén publicó la primera versión de su poema "Blasón" en una revista de corta vida —dato curioso—, cuya última estrofa el poeta cambió después de su encuentro en Madrid con la Marquesa de Peralta en 1892.

Evidentemente, Brenes Mesén le siguió bien la pista a Darío, pues más adelante nos relata:

En la Biblioteca Nacional, solía encontrarlo entre las tres y las cuatro de la tarde, y me sentaba lo más cerca posible de él porque quería conocer los títulos de los libros que leía, ya que cuando leí "La canción de oro" me di cuenta de la amplitud de su erudición. Reconocí las ediciones clásicas de Panchouk, con el texto latino y la traducción francesa.

El resto del artículo está dedicado a dos entrevistas posteriores con Rubén, la segunda a orillas del Lago de Nicaragua cerca de la frontera de Costa Rica, dieciséis años más tarde, con motivo de una reunión convocada por los presidentes de Costa Rica y Nicaragua para tratar asuntos políticos y comerciales de interés para las dos naciones, a la cual cada uno fue invitado como delegado por su país. El tercer encuentro ocurrió en Nueva York a fines de 1914 o principios de 1915, siendo Brenes Mesén ministro de Costa Rica en Washington, mientras Darío se encontraba en la gran urbe, en compañía del orador Alejandro Bermúdez, dictando una serie de conferencias. Brenes Mesén contrasta la consuetudinaria reserva de Rubén en su segunda entrevista con su carácter más expansivo y optimista que observó en la tercera.

El escritor herediano Mario Flores, en una nota aparecida en el *Repertorio Americano* del 28 de abril de 1934, nos relata dos simpáticas anécdotas de Darío ocurridas en Costa Rica. Dice Flores que encontrándose Rubén en una casa en Heredia como huésped de honor, por casualidad leyó en un periódico un artículo violento contra él, que lo provocó de tal manera que en seguida tomó papel y lápiz e improvisó, como réplica al ataque, la siguiente rima:

Los que escriben con decoro,  
y sin intención proterva,  
ésos tienen de Minerva el casco de oro.  
Los escritores cazurros,  
que ofenden, y nos dan ascos,  
esos tienen cuatro cascos  
como los burros.

Luego nos cuenta Flores que otro día en Cartago, después de una noche de animada fiesta en casa de unos amigos, el poeta se dirigió al hotel en las primeras horas de la madrugada, y hallándolo cerrado y a oscuras, después de tocar a la puerta repetidas veces sin ningún resultado, recurrió a un guijarro para llamar la atención del hotelero; y tal fue el escándalo que armó, que un guardia que andaba de ronda por ahí se acercó a investigar el asunto, prendiéndolo en el acto, sin reparar en la distinguida persona del poeta, a pesar de su violenta protesta, y se lo llevó a la cárcel, donde Rubén pasó el resto de la noche en un calabozo como un reo común.

Cabe señalar aquí un poema que anda por ahí perdido entre la enorme producción de Darío, dedicado a Juan Santamaría, el humilde soldado costarricense que se colmó de gloria en la Campaña Nacional de 1856 contra el filibustero norteamericano William Walker, en que con magistral pluma y sentido poético Rubén narra la hazaña inoladora de Santamaría en Rivas, Nicaragua, que estrelló para siempre la agresión de Walker contra Costa Rica y capta el alcance histórico de su acción para Centro América. Esta composición no fue un poema de encargo ni de cumplido, sino que debe haber brotado espontáneamente de la admiración que por el héroe sentía un genuino promotor de la unión centroamericana —ahí están como ejemplos su labor en el periódico salvadoreño *La Unión* antes mencionado y sus dos cantos a la "Unión Centroamericana"— que reconoció la amenaza de Walker para la libertad del Istmo y para la eventual integración de la patria grande centroamericana, que en la actualidad se está realizando.

El 15 de mayo de 1892, escasamente nueve meses después de haber llegado, Rubén abandonó a Costa Rica —por razones que ignoramos— para dirigirse nuevamente a Guatemala. En ésta recibió el nombramiento para asistir como delegado de Nicaragua a las celebraciones con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América que tendrían lugar en España en octubre de ese año. A principios de setiembre del año siguiente llegó a Buenos Aires como cónsul de Colombia. Como dijimos antes, no sabemos por qué motivos salió de Costa Rica, donde su vida aparentemente fue feliz y donde se le acogió con las puertas abiertas y con cariño. Las razones habría que encontrarlas en su vida inquieta de trajinante impulsada por el genio, en constante busca de horizontes más amplios para la inspiración y para el desarrollo de su talento, que sólo había de encontrar en los grandes países y en las grandes urbes. Además, no debemos olvidar que Costa Rica sólo había sido para él un refugio adonde se había visto atraído por las circunstancias políticas y económicas del momento.

Hoy que la fama de Darío abarca dos continentes, y que varios países se precian de que viviera en ellos y de haber contribuido a la realización de su genio, no debemos olvidar que Costa Rica fue un lugar en su ruta, donde se nutrió quién sabe de qué secretas savias, y que ella, por la tranquilidad de su ambiente y la hospitalidad con que lo acogió después de una época borrascosa e incierta en su vida, sin duda alentaría su sublime espíritu en momentos en que necesitaba de un descanso para proseguir su fugaz carrera hacia cimas jamás escaladas por otro escritor americano.

Washington, 19 de julio de 1967